

Realismo, Básico Para un Diálogo Fructífero.

Discurso Lejos de la Modernidad

- ★ ¿Quitarnos un Siglo de Deuda o Echárnosla Encima?
- ★ A Partir de 1827 Comenzó una Moratoria de 59 Años
- ★ Podemos y Debemos Recibir Explicaciones más Maduras

LORENZO MEYER

El ejercicio del poder político es, en parte, un problema de comunicación. Desde hace tiempo, la élite política mexicana se acostumbró a usar en su discurso un lenguaje exagerado, poco realista y, finalmente, falso. La falta de una oposición efectiva, su monopolio del poder, es lo que ha permitido que costumbre tan poco sana persista.

Bueno, ahora que la sociedad está en el proceso de perder su pasividad tradicional y comienza a reaccionar frente a la acción gubernamental, el discurso oficial deberá hacerse más realista y verdadero o de lo contrario corre el peligro de no sólo no ser escuchado —eso le ocurrió hace tiempo— sino de provocar una reacción contraria a la deseada.

La forma como el Presidente nos comunicó el acuerdo al que había llegado su secretario de Hacienda con los bancos extranjeros en relación a la renegociación de la deuda, es un ejemplo, entre otras cosas, de la forma antigua de comunicación entre gobernantes y gobernados, y que debe ser superada de inmediato.

~~Para~~ Para fundamentar lo anterior, es indispensable establecer algunos de los hechos básicos. A estas

alturas todos sabemos ya la esencia del acuerdo: las tres posibilidades a las que tienen derecho cada uno de los poco más de quinientos bancos extranjeros a los que debemos 53,000 millones de dólares. Según los términos de la firmado el 23 de julio entre el gobierno mexicano y los representantes de sus acreedores, cada banco puede optar por: a) Reducir en 35% el monto del principal, b) Reducir la actual tasa de interés que fluctúa entre 10.5 y 11% a 6.25% c) Mantener el principal y la tasa invariables, pero otorgar en los próximos cuatro años nuevos préstamos a México por un monto igual a 25% de la deuda. Dado que los bancos aún no han hecho su selección del menú de posibilidades que se les presentan, entonces resulta que todavía no se puede saber cuánto es lo que realmente México va a ahorrar en el pago de su deuda externa a raíz del acuerdo. Sin embargo, los que conocen de esto, nos aseguran que en resumidas cuentas si ahora estamos pagando alrededor de 12,720 millones de dólares, tras el acuerdo les podríamos pagar sólo 10,548 millones de dólares o tener una situación equivalente.

Dólares más o dólares menos, las cifras anteriores dan idea de la magnitud de lo que está en juego. Como bien dijera don Adrián Lajous —de quien tomé las cifras anteriores lo logrado —el ahorro de 2,000 ó 2,500 millones de dólares anuales— si bien no es desdenable "no es como para salir de pobres" (EXCELSIOR, 28 de julio).

★

En contraste con las cifras anteriores, el anuncio oficial del acuerdo buscó crear la impresión de una victoria rotunda del gobierno sobre su adversario, sobre quien nos ha mantenido por siete años en la depresión económica: los banqueros. De ahí la invitación presidencial al final del mensaje para que todos entonáramos el himno nacional, es decir, el canto por excelencia de la lucha colectiva, el sacrificio altruista y la victoria del patriotismo mexicano sobre el enemigo extranjero. Ahora bien, la magnitud de lo logrado realmente no avala tal exaltación patriótica y, por tanto, arroja un manto de sospecha sobre el verdadero significado del acuerdo: si este es bueno, ¿para qué la exageración?

Como se recordará, la invitación al canto colectivo de la victoria vino después de una comparación histórica de gran dramatismo. En efecto, tras anunciar los puntos centrales del acuerdo, el presidente buscó poner el hipotético resultado del mismo en una perspectiva muy favorable y decidió hacerlo así: en el supuesto caso de que todos los bancos aceptaran la primera opción "eso sería equivalente a borrar, literalmente borrar de los libros del endeudamiento, un monto que es igual al contratado por México entre 1810 y 1976: 166 años de endeudamiento sería posible quitar de los hombros de los mexicanos". La frase es impresionante, no hay duda, y buscaba poner lo logrado por el secretario de Hacienda como una hazaña homérica, pero creo que la modernización a la que el Presidente y muchos mexicanos aspiramos, requiere de otro tipo

de discurso, uno que sea más realista y más respetuoso de la capacidad de análisis del público mexicano. A final de cuentas, sólo ese puede ser efectivo en el largo plazo.

★

Veamos más de cerca la debilidad de la forma como se nos presentó el acuerdo en cuestión. Para empezar, el destinatario del mensaje, tras una mínima reflexión, llegará a la conclusión de que es tan válido suponer que todos los bancos pueden optar por la primera opción como por la tercera. En este último caso, ¿qué es lo que se hubiera tenido que decir?, pues siguiendo la lógica del discurso presidencial, se habría anunciado que los duros términos de la deuda seguirían invariables, pero que la ganancia se encuentra en el hecho de que el país recibirá en los próximos cuatro años nuevos préstamos —dinero fresco— por 13,250 millones de dólares.

Bienvenido el nuevo dinero, pero de ser ese el caso, al final del cuatrienio, en 1993, deberemos a los odiosos banqueros extranjeros no los 106 mil millones de dólares de ahora... sino 119,250 millones de dólares. Si lo anterior ocurriera —y puede ocurrir— entonces lo logrado por el gobierno equivaldría a aumentar en sólo cuatro años el peso de nuestro endeudamiento en un monto igual ¡al de toda la deuda acumulada desde 1821 hasta bien entrado el siglo XX! En teoría, pues, es posible tanto lo que dijo el Presidente como exactamente lo contrario. Según los términos del acuerdo podemos quitarnos de nuestros hombros el equivalente de más de un siglo de deuda (opción número uno) o nos lo podemos echar encima, todo depende de lo que decidan nuestros acreedores (opción número tres). Como se ve, realmente no es muy razonable ni válido comparar los millones de dólares actuales que se quiten o agreguen a nuestra deuda actual con los del pasado, cuando éramos menos habitantes, nuestra economía era más primitiva y el poder adquisitivo de cada dólar o peso contratado era mucho, pero mucho mayor, que el actual.

En el fondo, comparar la deuda del siglo pasado con la actual en los términos en que se hizo en el mensaje presidencial, es invitarnos a comparar peras con manzanas. Y nuestros tecnócratas, que son inteligentes, lo sabían.

¿Por qué lo hicieron entonces? Supongo que la razón es obvia: si el Presidente hubiera echado mano de términos de referencia más adecuados y realistas —por ejemplo, el porcentaje del PIB que va a significar el ahorro o los nuevos préstamos que vamos a tener a raíz del acuerdo—, el razonamiento no hubiera motivado a nadie a ponerse en pie dentro de su casa y, acto seguido, cantar el Himno Nacional frente a su aparato de televisión.

El uso de la perspectiva histórica para comprender la magnitud de lo acordado entre nuestro gobierno y los banqueros tiene más vetas para explotar que las contenidas en el mensaje presidencial, y el resultado de esa exploración puede ser muy distinto al que pretendió el discurso oficial.

★

Como se sabe, la primera

deuda externa la contrató México muy pronto, en 1824, y en Londres. Los términos de entonces fueron tan negativos y absurdos para nuestro interés nacional como los de ahora, aunque en descargo de los gobernantes de entonces se puede decir que no tenían ninguna experiencia en asuntos de deuda externa. En cualquier caso, se emitieron entonces bonos por 32 millones de pesos pero México sólo recibió un tercio del monto. Y ese tercio se gastó no en empresas productivas sino en financiar el gasto corriente de un gobierno desesperadamente pobre. Sin embargo, a diferencia de lo que hoy ocurre, México no intentó ser "deudor modelo" ni "pagar a toda costa", y simplemente dejó de pagar casi de inmediato: ¡al final de 1827!

Las potencias del siglo XIX no eran muy reticentes para usar la fuerza en el cobro de las deudas o en la exigencia de las reparaciones de daños sufridos por sus súbditos, así que no pagar era más, mucho más arriesgado, de lo que puede ser hoy. Pese a ello, México no pagó. Por razones malas y buenas, sus gobernantes siempre pusieron por sobre los intereses de los acreedores ingleses, los intereses de sus gobiernos. Hubo, sin embargo, varias renegociaciones, como la que hicieron los conservadores en 1830 o los liberales en 1850, pero en realidad ninguna de éstas desembocó en un pago sostenido del débito. Por cierto, que en la renegociación de 1850, Manuel Payno logró bajar la tasa de interés de 5 a 3% anual y lo consiguió a pesar de la "mala conducta" que México había observado en su relación con los banqueros! Pese a la rebata obtenida, México siguió sin pagar.

★

En realidad, pese a las amenazas y castigos, el gobierno mexicano se la pasó sin pagar su deuda de 1827 a 1886: ¡por 59 años desafió en el campo financiero a la potencia central de la época y no cubrió su deuda externa! Ahí hay una lección que podría ser una fuente de inspiración para nosotros aquí y ahora. Cuando en la segunda presidencia de Porfirio Díaz Manuel Dublán finalmente firmó el acuerdo que realmente llevaría a México a reiniciar el pago de su deuda, lo hizo cuando pagar era factible. Sin embargo, rechazó la pretensión de los acreedores de pagar 23 millones de libras esterlinas por el principal e intereses no devengados, y los forzó a bajar de un plumazo la deuda a únicamente 15 millones de libras. Así, pese a ser mal deudor, México obtuvo una quita igual a la que hoy se celebra nacional, es decir, del 35%. Pero eso no fue todo, consiguió algo más: el derecho a redimir en los siguientes cuatro años los nuevos bonos ¡al 40% de su valor nominal!

Para dar contenido a esta cláusula, Dublán consiguió en Europa un préstamo nuevo por 10.5 millones de libras. De esta manera, para 1890 la deuda mexicana tenía el mismo valor de 40 años atrás. Como puede fácilmente apreciar el lector, en el arte de negociar con los banqueros internacionales no hemos avanzado nada; incluso se puede sostener que hemos retrocedi-

LEJOS DE LA MODERNIDAD

do, pues comparativamente los términos arrancados a nuestros acreedores en el siglo XIX fueron mejores que los de hace unas semanas y sobre los que tantos autoelogios se han vertido.

★

En el siglo XX también tiene ejemplos realmente inspiradores. En 1914, y en medio de la guerra civil, México volvió a dejar de pagar su deuda externa. Y aunque en 1922 el gobierno de Alvaro Obregón aceptó reanudar el pago de lo adeudado más los intereses acumulados (1,500 millones de pesos), la verdad es que a la primera urgencia —la rebelión delahuertista— el caudillo sonorensé dejó sin efecto lo acordado. Habrían de venir nuevas renegociaciones y acuerdos (el Panl-Lamont y el Montes de Oca-Lamont), pero también habrían de surgir nuevas

urgencias que hicieron que los presidentes que habían olido la pólvora de la Revolución prefirieran la enemistad de los banqueros a las consecuencias internas de tener que desviar hacia el exterior recursos federales muy demandados en el interior.

Sólo cuando la Segunda Guerra Mundial creó las condiciones económicas y políticas adecuadas, y los tenedores extranjeros de la deuda externa mexicana se ablandaron lo suficiente, México reinició el pago de su adeudo. Pero de nueva cuenta, las condiciones obtenidas por nuestros negociadores fueron entonces mucho más favorables que las actuales, pues México logró en 1942 que el monto a liquidar fuera de únicamente 50 millones de dólares, es decir, 10% del monto demandado originalmente por los banqueros extranjeros. El pago no

se iniciaría de inmediato sino hasta 1948 y se haría a lo largo de un periodo de entre 20 y 25 años.

Como se ve, puesto en perspectiva histórica, el acuerdo actual no resulta, ni de lejos, el que mejores términos ha conseguido para remontar el viejo problema de la deuda externa. Ahora, bien, los defensores de lo hecho ahora podrán decir que los términos de mi comparación son injustos, pues si México dejó de pagar por decenios en 1827 y en 1914, se debió a que realmente el caos interno se lo impidió. Por otro lado, los efectos internos de estas suspensiones de pago no fueron muy dañinos debido a que la economía mexicana de esas épocas era tan rudimentaria que las represalias externas no tenían la capacidad que ahora sí tienen de afectara de manera decisiva la vida cotidiana del mexi-

cano común. En efecto, la autarquía y la autosuficiencia mexicana de entonces eran mayores que en la actualidad, y la inserción de la economía mexicana al sistema capitalista mundial era aún muy deficiente, todo lo cual operó en nuestro favor.

A esa argumentación y a otra similar se le puede responder que la injusticia de mis comparaciones es menor que la contenida en el discurso presidencial que comparó lo hecho por Pedro Aspe con la liberación de 166 años de endeudamiento externo. En cualquier caso, mi propósito ahora es mostrar que en el campo de la deuda la comparación histórica mal llevada puede confundir más que aclarar.

★

Insisto, a estas alturas, los mexicanos podemos y

debemos recibir de nuestros gobernantes explicaciones más maduras de las que hasta ahora se nos han ofrecido en torno de cuestiones tan fundamentales como la deuda externa, el nuevo modelo económico, el tránsito de la indeseable situación de "partido casi único" a la del pluralismo democrático, la persistencia de la corrupción y el fraude, etcétera. Se requieren explicaciones menos espectaculares pero más reales, más verdaderas, para convencer a una opinión pública escaldada muchas veces por la falsedad de las promesas hechas. Sólo de esa manera será posible un diálogo fructífero y una convivencia civilizada y respetuosa entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. Sólo así nos podremos acercar a la modernidad, si es que finalmente tal cosa es posible.